

BAUTISMO DE JESÚS: HIJO AMADO DE DIOS Y UNGIDO POR EL ESPÍRITU

Prof. Francisco Ramírez Fueyo

Transcripción de la conferencia dictada en el Aula de Teología
Universidad de Cantabria
25 de Octubre de 2011

INTRODUCCIÓN

Comienzo esta conferencia con una brevísima introducción en la que voy a comentar dos puntos y hacer una aplicación.

El primer punto es que, la mayor parte de nosotros, cristianos pertenecientes a la Iglesia católica, cuando pensamos en una religión, enseguida nos vienen al pensamiento los dogmas, las ideas, los principios... Sin embargo, en el mundo antiguo los rituales son, probablemente, más importantes que los principios, los dogmas o las ideas teológicas. En la historia de las religiones se suele decir que para entender una religión es más importante –o al menos tan importante- fijarse en los ritos que esta religión practica que en las creencias o los mitos que narra o confiesa. Sin duda esto es cierto porque los rituales tienen vida y significado propios y muchas veces expresan, mejor que las ideas, lo que una religión es, en qué consiste y en qué cree.

El segundo es que los ritos no solamente tienen un significado sino que, como toda acción simbólica, son generadores de significados. Las personas que practican rituales tienden a llenarlos con significados parcialmente antiguos y parcialmente nuevos, y también a ir otorgando nuevos significados a rituales antiguos. Así nos ha ocurrido también en la Iglesia católica con determinadas prácticas rituales y sacramentos que se han ido practicando, a veces de un modo similar desde hace muchos siglos, pero cuyo significado, sin embargo, se ha ido transformando, enriqueciendo, purificando, etc.

La consecuencia para el tema de hoy es que, al hablar del bautismo de Jesús, tenemos una dificultad, que es a la vez una riqueza.

La dificultad es que resulta difícil precisar y encerrar en pocas ideas lo que fue el bautismo de Jesús, debido a que, como acabo de decir, todo rito está cargado de múltiples significados, con lo cual a veces es difícil precisar cuál de ellos es, en concreto, más importante que los otros.

La riqueza es que lo que Juan el Bautista hizo y a lo que Jesús probablemente se sometió, estaría cargado de significados muy profundos y variados, a los cuales nos podremos hoy asomar.

Quiero advertir también que, al hablar del bautismo de Jesús, tenemos que intentar que nuestras ideas del bautismo cristiano no contaminen excesivamente lo que Juan el Bautista y Jesús hicieron hace dos mil años.

1. RITUALES DE INMERSIÓN Y LAVADO EN EL JUDAÍSMO DEL SEGUNDO TEMPLO Y EN EL MUNDO PAGANO.

En el mundo judío los rituales de inmersión y lavado con agua tienen un significado fundamental, que es el de purificación. Obviamente, es un simbolismo que sale

naturalmente del agua; ésta se utiliza para lavar y espiritualmente sirve, de forma simbólica, para purificar a la persona de sus contaminaciones, de sus pecados, de lo que en ella no está limpio...

Es un significado propio y habitual en el judaísmo; por ejemplo, en el capítulo 16 del Levítico se habla de cómo el sumo sacerdote, antes y después de practicar los ritos en el templo, debe lavarse, purificarse de toda contaminación o impureza:

Se vestirá con la túnica sagrada de lino, se pondrá los calzones de lino, se ceñirá la faja de lino y se cubrirá con la tiara de lino. Estas son las vestiduras sagradas que vestirás después de haberse lavado con agua (Lv 16,4).

Lavará su cuerpo con agua en lugar sagrado y se pondrá sus vestiduras. Después saldrá y ofrecerá su holocausto y el holocausto del pueblo, hará la expiación por sí mismo y por el pueblo (Lv 16,24).

Esta idea de la purificación mediante el agua se extiende en el judaísmo de un modo muy fuerte en los siglos III, II y I aC, hasta el punto de que es muy frecuente encontrar en Israel –tanto en las casas privadas como en palacios, etc.- baños preparados, no para lavarse sino para purificarse. Esto quiere decir que el judaísmo intertestamentario –en el que surge el cristianismo- da mucha importancia a las prácticas, tanto en grupos fariseos, saduceos o esenios (por citar tres de los más conocidos) de purificarse mediante el agua.

Juan, en el capítulo segundo de su evangelio, al narrar las bodas de Caná, en las que Jesús transforma el agua en vino, nos dice que en la casa había seis tinajas de piedra puestas para las purificaciones de los judíos; Juan conoce perfectamente este dato de las casas judías. Las tinajas tenían que ser de piedra, porque ésta siempre es pura, por tanto, no impurifica, razón por la cual se utilizaban para tener agua y purificarse de las múltiples impurezas en que podía incurrir una persona en la vida diaria:

Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. (Jn 2,6)

En Qumran, donde intentan llevar a la vida diaria la práctica de purificarse propia de los sacerdotes del templo en el Antiguo Testamento, son muy frecuentes estos ritos. Aparecen también en los Oráculos Sibílicos (Or.Sib. 4.165), escritos judíos de esta época, en los que se habla, por ejemplo, de un bautismo de arrepentimiento, donde ya se ve con claridad que se trata de una purificación para limpiar los pecados.

Flavio Josefo, historiador judío, nos habla de un personaje llamado Bannus¹, al que describe como alguien que vivía en el desierto, se vestía con cortezas de árbol, se alimentaba de productos salvajes, y que se lavaba, se purificaba, todos los días, por la mañana y por la tarde.

Vemos, por tanto que en el judaísmo, en el que aparece Juan el Bautista, surge con mucha fuerza la práctica de utilizar el agua como rito de purificación.

También en el mundo pagano existen ritos de purificación. Por ejemplo, Apuleyo habla, en *Las Metamorfosis* (11.23), de cómo los iniciados de Isis se purificaban mediante el agua como parte de su iniciación en los misterios de la diosa.

¹ Del siglo I, un poco anterior a Juan Bautista, y muy similar a él.

Lo mismo se encuentra en los misterios de Eleusis, en los de Mitra, e igualmente en la religión de Asclepio –Esculapio- el dios médico más importante de la antigüedad, en cuyos santuarios había fuentes de agua sagrada de la cual bebían las personas para purificarse y con la que se lavaban para limpiarse, como signo de salud, y también de pureza interior, de pureza espiritual. Aunque sabemos poco de algunos de estos ritos, dado su carácter secreto, reservado a los iniciados, debía de haber algunas similitudes con el bautismo cristiano, lo que explica que un siglo después, Tertuliano (Sobre el Bautismo 5), acuse a los ritos de Isis, Mitra o Eleusis de imitar el rito cristiano.

Estamos en un mundo en el que el agua se convierte en un elemento frecuente para utilizarlo en contextos religiosos de purificación.

En el mundo romano, el agua es también signo de civilización y de poder. Los romanos se jactan de ser el pueblo que ha dominado el agua y de que, allí donde van, civilizan a los bárbaros; uno de los signos más importantes de la civilización es que los bárbaros comienzan a ir a los baños, a las termas, comienzan a lavarse; el uso de termas era una práctica civilizadora, junto con la adopción del latín, del vestir, la educación, etc. Narra el historiador Tácito (Agrícola 21) que la pacificación de los britanos por Agrícola se logró más con la seducción que por la fuerza, especialmente mediante la educación de los jóvenes en la retórica, el cultivo del latín, el vestir la toga romana, y los vicios como los baños o la buena mesa, esa forma de esclavitud que, añade Tácito irónicamente, los britanos llaman ahora “cultura”.

Roma construye acueductos, presas, grandes termas, que son signos del poder de la autoridad de Roma. Por ejemplo, cuando Plinio el Joven encarga al joven poeta Caninius Rufus en el 107 d.C. que narre las victorias de Trajano en la Dacia, le dice que cante, sobre todo, cómo los ríos han sido canalizados, cómo ahora, por primera vez, son cruzados por puentes, cómo el agua ha sido canalizada en acueductos (Epístola 8). Por tanto, el dominio del agua es también un orgullo del mundo romano.

2. LA FIGURA DE JUAN EL BAUTISTA, SU SIGNIFICADO HISTÓRICO. PLAUSIBILIDAD HISTÓRICA Y RELEVANCIA DE QUE JESÚS FUERA BAUTIZADO POR JUAN

Sobre Juan el Bautista tenemos dos fuentes históricas:

Por una parte el testimonio del Nuevo Testamento en el que los cuatro evangelistas hablan de él, aun con algunas diferencias, como luego veremos.

Y, por otra, el historiador judío Flavio Josefo que le dedica cuatro párrafos en su libro *Antigüedades judías* (Ant 18.5.2 §116-119). Son pocos párrafos pero muy significativos. Además, así como se piensa que algunos de los que dedica a figuras cristianas, incluso al mismo Jesús en el llamado *testimonio Flaviano*²- pueden ser una interpolación cristiana, es decir, que un cristiano posterior los introdujo en el libro de Flavio Josefo, casi nadie duda de que lo que dice referido a Juan el Bautista es histórico. Transcribo dichos párrafos:

² Se denomina *Testimonio Flaviano* a los párrafos 63 y 64 del capítulo XVIII del libro *Antigüedades judías* escrito por el historiador judío Flavio Josefo, en los que se menciona a Jesús de Nazaret.

Pero algunos judíos creían que el ejército de Herodes fue destruido por Dios: realmente, en justo castigo de Dios para vengar lo que él había hecho a Juan, llamado “el bautista”

Porque Herodes lo mató, aunque Juan era un buen hombre e invitaba a los judíos a participar del bautismo, con tal de que estuviesen cultivando la virtud y practicando la justicia entre ellos y la piedad con respecto a Dios. Pues así, en opinión de Juan, el bautismo sería realmente aceptable, es decir, si lo empleaban para obtener, no perdón por algunos pecados, sino más bien la purificación de sus cuerpos, dado que sus almas ya habían sido purificadas por la justicia.

Y cuando los otros se reunieron [en torno a Juan], como su excitación llegaba al punto de la fiebre al escuchar sus palabras, Herodes empezó a temer que la gran capacidad de Juan para persuadir a la gente podría conducir a algún tipo de revuelta, ya que ellos parecían susceptibles de hacer cualquier cosa que él aconsejase. Por eso decidió eliminar a Juan adelantándose a atacar antes de que él encendiese una rebelión. Herodes consideró esto mejor que esperar a que la situación cambiase y lamentarse cuando estuviera sumido en una crisis.

Y así, a causa del recelo de Herodes, Juan fue llevado en cadenas a Maqueronte, la fortaleza de montaña antes mencionada; allí se le dio muerte. Pero los judíos opinaban que el ejército fue destruido para vengar a Juan, en el deseo de Dios de castigar a Herodes.

Flavio Josefo dice que Juan el Bautista era un buen hombre que invitaba a los judíos a participar en un bautismo, que debía ser acompañado por la virtud y la práctica de la justicia. El bautismo solo sería aceptable –sigue diciendo- si los hombres lo empleaban, no solo para perdón de los pecados, sino también para purificación de los cuerpos; porque las almas eran purificadas por la práctica de la justicia.

Por tanto, según este historiador, Juan predicaba que el hombre debe purificar su alma a través de la práctica de la justicia, y su cuerpo a través del bautismo.

Cuenta también que mucha gente se reunió en torno a Juan el Bautista, dispuesta a hacer cualquier cosa que él pidiera, razón por la cual Herodes Antipas, rey de Perea –al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba- le mandó matar. Flavio Josefo explica la posterior derrota de Herodes ante Aretas IV, el rey árabe de los nabateos, como castigo por haber mandado matar a un justo, a Juan el Bautista.

Como acabo de decir, casi nadie duda del testimonio de Flavio Josefo; puesto que aquí no hay ninguna referencia explícita cristiana, Juan el Bautista es una figura independiente de Jesús.

A partir de los testimonios del Nuevo Testamento y de Flavio Josefo, podemos deducir que Juan es uno de los no demasiados casos de movimientos de reforma judía con claros tintes escatológicos y en parte apocalípticos. Es decir, es un profeta escatológico con algo de apocalíptico, lo cual significa que se trata de un profeta que cree, junto con otros judíos de la misma época, que los tiempos finales anunciados por la literatura intertestamentaria están a punto de llegar.

En la literatura “intertestamentaria” (aproximadamente siglos IV a.C – I d.C.) son muchos los textos que hablaban de la intervención divina al final de los tiempos, del juicio de la humanidad, del castigo de los injustos, pecadores, opresores, ricos insolidarios, y del premio de los justos (Jub 1,22–25 (Libro de los Jubileos); 1QS 4,18–23 (Regla de la Comunidad de Qumrán); Libro Etiópico de Henoc. Estos textos, a su vez, se inspiraban en

textos del At, especialmente los profetas: Dt 30–31, Is 40, Ez 36, o Jer 31. Textos que hablan de un tiempo último de arrepentimiento y conversión, un tiempo en que el espíritu que procede de Dios descendería sobre los seres humanos y purificaría la tierra.

Arraiga en estos grupos –por tanto también en Juan el Bautista- la conciencia de vivir en unos tiempos que preceden a la inmediata intervención definitiva de Dios, quien va a venir para transformar la tierra y restaurar la situación paradisiaca del Edén para los justos; sin embargo, a los pecadores les traerá castigo, juicio, destrucción, e incluso tortura, de la cual se habla en la literatura intertestamentaria. Por tanto, es preciso arrepentirse, antes de este juicio que se avecina, para el perdón de los pecados.

Como digo, son muchos los textos intertestamentarios que hablan de la intervención escatológica de Dios. Juan el Bautista se mueve en este ámbito; por ejemplo, la imagen del fuego que él utiliza –al menos en la tradición de Q, Mateo y Lucas- es frecuente en la literatura del Antiguo Testamento para hablar de la venida de Dios y del castigo divino.

Juan lo formula con claridad en los evangelios: *el hacha ya está tocando la base del árbol...* –probablemente, un eco de Isaías 10,33-34 y 32,9-; es decir, las raíces del árbol ya han sido puestas al descubierto y falta solamente el golpe definitivo que haga tumbar el árbol. Por lo tanto, ya está a punto de suceder el juicio y la intervención divina que él anuncia.

Juan proclama que uno “más fuerte” está a punto de hacer su aparición. Para algunos Juan se refiere a Dios mismo; otros creen que más bien apunta a otra figura escatológica, como el Hijo del Hombre, Melquisedec, Elías, el arcángel Miguel, Henoc, etc.- que se espera para dar inicio a la intervención de Dios.

El mensaje de Juan se concentra en un rito, el del bautismo. Es un símbolo que se apoya ante todo en la tradición judía de usar el agua como medio de purificación, como hemos visto. En textos proféticos y en los salmos también se habla del agua que limpiará el pecado (por ejemplo, Is 1,16; Sal 51,7). A esto se añade la tradición de Joel 3,1-5 o Ez 36,25-27 de un espíritu que se derramará sobre el pueblo de Dios de modo similar a como se derrama el agua. En Juan, lo que resulta lavado no son impurezas o contaminaciones rituales que alejen de lo puro, del culto, del Templo, sino el pecado entendido como mal o injusticia cometida por la persona. Claramente, pues, Juan se distancia de la tradición levítico-sacerdotal y se identifica con la profética-apocalíptica. No hay tampoco tiempo ni necesidad de repetir este rito: no se trata de lavar una mancha, sino de reorientar toda la persona hacia el juicio que viene, de modo que a partir de ese momento toda su actividad queda marcada y entendida como preparación adecuada al juicio.

El agua del bautismo de Juan recuerda también, de modo menos claro, la imagen del primer diluvio, empleada con frecuencia en la literatura intertestamentaria para hablar del juicio último: igual que hace cientos de años hubo un diluvio con el que Dios intentó en vano extirpar el mal de la tierra, Dios volverá a traer un diluvio con el cual sí se va a purificar la tierra... Como digo, es un diluvio de bienaventuranza para unos y de castigo para otros. Juan está convocando a juicio a Israel, pero no es un juicio de condena sino una llamada a la conversión. En su discurso, invita a convertirse antes de que sea demasiado tarde y no haya tiempo para ello.

Juan el Bautista resulta revolucionario en bastantes cosas. Por ejemplo, si es cierta la noticia de Lucas de que es el hijo único de Zacarías, sacerdote del Templo, estaría obligado a

continuar la tradición sacerdotal de su padre³; sin embargo, parece haber roto con el templo, pues deja Jerusalén y se va a predicar al desierto.

Más aún, invita a un rito bautismal que perdona los pecados, poniendo así en cuestión los rituales del Templo de Jerusalén, que estaban establecidos para perdonar los pecados. Este será uno de los problemas a los que también se enfrentará Jesús cuando le pregunten con qué autoridad perdona los pecados, pues para eso tienen el Templo y los ritos expiatorios.

Juan resulta, además, original en que no crea una secta como hacen, por ejemplo, los esenios de Qumram. La gente va al Jordán, se hacen bautizar, pero no se quedan viviendo con Juan, sino que, al menos la mayoría, vuelven a sus lugares de trabajo, a Jerusalén, a Judea... Es verdad que en el Nuevo Testamento se nos habla de los discípulos del Bautista, pero quizás se refiere a un grupo que estaba con él, a los cuales enseñaba, que le llamaban rabí, maestro, en algunos momentos, pero no se trata de una secta. Su mensaje de salvación es para todos los que quieran escucharlo.

Tampoco insiste excesivamente en la renuncia total de los bienes; a pesar de que él se presenta como un asceta, y sus seguidores le siguen en algunas de estas prácticas de ayuno u oración (Mc 2,18; 6,29; Mt 11,2 par.; Lc 11,1; Jn 1,35; 3,25; Hch 19,1-7), no exige un ascetismo radical; su propuesta es sensata, de compartir, de justicia, de no hacer daño a los demás, de no aprovecharse del cargo para oprimir, explotar a otros, etc.

Juan concentra su predicación en un rito bautismal de inmersión, haciéndose así eco del rito judío de purificación, pero no entendido como limpieza de impurezas causadas por contacto con las cosas que te hacen impuro, sino como purificación del pecado y de la injusticia que los hombres cometen. Por tanto, no está en la línea de la tradición levítica, sino que concibe la impureza como pecado, como injusticia, sobre todo social, como opresión al otro... El de Juan es un rito que exige la vuelta, la conversión, la transformación de la persona y de su acción.

Obviamente, en el bautismo de Juan hay otros simbolismos que no debemos pasar por alto. Por ejemplo, el Jordán tiene una conexión directa con el valor simbólico de la llegada a la tierra. Israel ha sido liberado de Egipto y, atravesando el Jordán, ha llegado a la tierra prometida; Juan bautiza “al otro lado del Jordán”, es decir, para bautizarse hay que pasar al otro lado, hay que salir de la tierra y volver a entrar.

Salir de la tierra significa distanciarse durante un tiempo, no cerrarse a la propiedad, reconocer que la tierra no es nuestra, sino que es de Dios; esto es típico de la fe israelita, y por ello, cada 50 años, cada año jubilar, la tierra debe ser devuelta a los propietarios originales. Hay que redistribuir la riqueza que ha sido acaparada por unos pocos, y estar dispuesto a un reparto más justo y acorde con el diseño original de Dios; por eso, Juan dice, *el que tenga dos túnicas que dé una al que no tiene* (Lc 3,11). Cruzar el Jordán es volver a aquel proyecto original equitativo.

Juan bautiza en el desierto. Hay que tener cuidado porque esta palabra *-midbar* en hebreo, *eremos* en griego- no debemos identificarla con lo que nosotros entendemos como desierto, es decir, un lugar de sol, calor, arena, totalmente árido. El lugar donde Juan bautiza es una zona de la vega del Jordán, cuyas orillas son bastante fértiles, más entonces que hoy, incluso de maleza y bosque bajo. Al alejarse del río entramos en las zonas más áridas. Esta zona es “desierto” más por lo poco habitada que está, apartada de la civilización. Pero, en

³ En Israel el sacerdocio es hereditario; si un sacerdote no tiene hijos, esa familia sacerdotal desaparece.

cualquier caso, el desierto recuerda también la imagen del éxodo; por tanto, bautizarse por Juan es estar dispuesto a una liberación, y reconocer también la idolatría, la caída propia de Israel en el desierto; reconocer que Israel podría ser castigado como lo fueron Sodoma y Gomorra –ciudades cercanas al lugar donde está Juan- por su injusticia, su opresión, su alejamiento de Dios. Ir al “desierto” es reconocerse pecadores.

Hasta aquí he evocado la figura de Juan el Bautista, un profeta escatológico que anuncia el juicio, la condena, pero también la posibilidad de convertirse antes de este juicio.

Vamos a ver ahora cómo describen los evangelistas, sobre todo los sinópticos, la figura de Juan para hablarnos de Jesús y cómo narra cada evangelista el bautismo de Jesús para decirnos o recordarnos de nuevo quién es este Jesús que se bautiza.

Cuando se escriben los evangelios la figura de Juan el Bautista resultaba incómoda para los primeros cristianos, pues seguía habiendo discípulos suyos y, hasta cierto punto, la figura de Juan ejercía una cierta competencia con Jesús. Sin embargo, los evangelistas la recogen por dos razones:

En primer lugar, porque les va a servir para hablar de Jesús; en los evangelios la figura de Juan se va a convertir en un modo indirecto de hablar de Jesús, de tal modo que lo que nos digan de Juan va a servir para decirnos quién es Jesús; vamos a saber quién es Jesús mirando y escuchando a Juan...

Y en segundo lugar, obviamente, se nos va a hablar del bautismo de Jesús; era probablemente un dato histórico que los evangelistas no podían ocultar, y por esa razón deberán narrarlo, pero lo insertarán de modo que sirva a la finalidad teológica y cristológica de cada evangelista, indicando cómo Juan está al servicio de Jesús, y cómo prepara la figura y la misión de Jesús.

3. JUAN EL BAUTISTA EN LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS: EL QUE PREPARA Y FACILITA NUESTRO CAMINO HACIA JESUCRISTO

Juan, como reflejo o como imagen en la que podemos contemplar a Jesús.

▪ **Para Marcos**, que comienza su presentación del bautista citando al profeta Malaquías 3,2 (aunque erróneamente lo atribuye a Isaías, del cual sí es el párrafo siguiente “una voz grita...”): *Tal como dice el profeta Isaías: Mira, yo envío por delante a mi mensajero para que prepare el camino*⁴, Juan el Bautista es ante todo el precursor.

Malaquías, justo antes de empezar los evangelios⁵, había anunciado que el Señor -o el mensajero de la Alianza- iba a llegar *como fuego de fundidor o lejía de lavadero* para purificar a los hijos de Leví, a los sacerdotes, para que las ofrendas del Templo pudieran ser, de una vez por todas, ofrecidas con pureza. Este mensajero –dice Malaquías- *juzgará a los hechiceros, a los adúlteros, a los perjuros y también a los que oprimen al jornalero, a la viuda, al huérfano y al forastero; y también maldice a quienes no pagan sus impuestos al Templo (el diezmo). En 3,19 habla del día abrasador como un horno; todos los arrogantes y los que cometen impiedad serán como paja; y los consumirá el Día que viene, dice Yahveh Sebaot, hasta no dejarles raíz ni rama*⁶, pero ese mismo día será también de luz y salvación

⁴ Marcos se equivoca al decir: *Tal como está escrito en la profecía de Isaías...* ya que, en realidad estas primeras frases son de Malaquías 3,2. Las de Isaías son las siguientes: *Una voz grita en el desierto...*

⁵ En la Biblia griega, Malaquías es el último profeta del Antiguo Testamento.

⁶ En los evangelios la figura de Juan el Bautista evocará esta profecía de Malaquías.

para los fieles. Y concluye en 3,23: *Voy a enviaros al profeta Elías, antes de que llegue el día de Yahvé, grande y terrible.*

Hay bastantes razones para pensar que Marcos vio en la figura de Juan el Bautista al profeta Elías -anunciado por Malaquías- que viene a preparar el día del Señor; obviamente para Marcos, el Señor que viene es Jesús, el Hijo de Dios. Elías fue aquel que logró que dejara de llover –una gran sequía en Israel- y que luego llamó a la lluvia; es también el que invocó fuego sobre los profetas de Baal y aquel que fue arrebatado con fuego al cielo; su comportamiento ascético recuerda también algo al de Juan (1Re 17,6; 2Re 1,8 –de esta última cita es oscuro el significado–). Elías es, por tanto, el profeta del fuego y del agua, que Marcos asocia probablemente con la figura del Bautista.

Aunque Marcos no trata tanto el tema del Espíritu, sí lo hace cuando dice que Juan bautiza con agua y aquel a quien anuncia como el más fuerte –Jesús- bautizará con Espíritu. Marcos nos dice así que Jesús va a ser superior a Juan el Bautista, porque va a traer el Espíritu; ese Espíritu que Joel, Ezequiel y otros profetas habían anunciado para el final de los tiempos (Joel 3,1-5; Ez 39,29; Sal 51,4.9-14; Ez 36,25-27; 1QS 3,6-9; 1QH 7,6-7; 17,26).

▪ **Mateo** toma de la narración de Marcos el relato de Juan el Bautista, e incorpora otros elementos, que no están en Marcos, pero sí los tiene en común con Lucas. Se atribuyen pues a la denominada “fuente Q”. Su visión del Bautista cambia notablemente respecto de Marcos.

Por ejemplo, en Mateo, Juan el Bautista proclama el Reino de los cielos, cosa que no aparece en Marcos, con lo cual lo acerca mucho más a Jesús, que lo anunciará luego.

Mateo suprime aquí la mención a Malaquías, *envío a mi mensajero...* porque tiene mucho interés en rebajar en este momento la importancia del Bautista para que no entre en competencia con Jesús. Juan no es el mensajero de Malaquías, sino que es *la voz que clama en el desierto*, de la cual hablaba Isaías; es voz, es eco, no mensajero.

En Mateo, Juan llama a la conversión y realiza también un rito bautismal, pero, contrariamente a Marcos, este rito no perdona los pecados, sino que es solo un signo de conversión. La gente se bautiza, pero el perdón de los pecados no lo obtienen al bautizarse, porque el que trae el perdón es Jesús. El bautismo de Juan en Mateo no asegura nada, y por ello a los que confían en ese bautismo como un rito mágico les exhorta a cambiar de vida, porque solo así podrán obtener el perdón que aún está por delante, que debe llegar.

Mateo introduce además otro elemento que será típico de su evangelio, el tema del juicio escatológico. A la frase de Marcos, *El que va a venir bautizará con Espíritu*, añade y *fuego*, palabras que toma de la fuente Q. De este modo, Juan el Bautista nos dice que el que ha de venir trae, no uno, sino dos bautismos: un bautismo de espíritu para los que crean en él y un bautismo de fuego para los que no acepten este mensaje, fuego que en Mateo probablemente alude a la condenación y destrucción (Mt 3,10.12; 7,19; 13,40-50; 18,9; 25,41)-. Anticipa así el juicio escatológico de los capítulos 13 (40-43) y 25 (31-46); en este último el Hijo del Hombre se sentará sobre el trono y dirá a unos, *venid benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros* –bautismo del espíritu- y les dirá a los otros, *alejaos de mí, malditos, porque tuve hambre y no me disteis de comer... iros al fuego eterno, preparado para Satán y para sus ángeles* –bautismo del fuego-.

Como ven, Juan el Bautista nos anuncia el Jesús de Mateo, que es juicio de

bienaventuranza para unos y de condena para otros. No se angustien Vds. con el tema del juicio porque las dos figuras que Mateo condena explícitamente al comienzo son los fariseos y los saduceos, son precisamente aquellos que un judío menos esperaría que fueran condenados; los que se tienen por más justos, más puros... son aquellos a los que Juan les dice, raza de víboras, ojo con el juicio de condenación que pesa sobre vosotros.

▪ **Lucas** también transforma muchísimo la figura de Juan el Bautista; inserta radicalmente su figura en la biografía de Jesús y nos le presenta como el “espejo” en el cual vemos y se nos revela Jesús.

Lucas narra el anuncio de la concepción y el nacimiento de Juan el Bautista, que va a ser similar al de Jesús. Ambas narraciones son tan similares que es evidente que una se inspira en la otra, aunque no sea clara la dirección⁷. Su nacimiento es anunciado a su padre, Zacarías, por el ángel Gabriel, el mismo que anunciará el nacimiento de Jesús a María.

Se nos dice además que Juan será ante todo *motivo de gozo y alegría* (Lc, 1,14), *que convertirá al Señor a muchos hijos de Israel, y preparará para el Señor un pueblo bien dispuesto*. Juan reconocerá al Mesías ya desde el seno materno; salta de gozo en el vientre de su madre cuando María, embarazada de Jesús, llega a visitar a su prima Isabel. Quizás la primera creyente en Jesús, el Mesías, es María, la que acepta la palabra de Dios, y José podría ser el segundo, con lo cual el tercer creyente sería Juan. Lucas nos presenta a Juan como un cristiano que ha recibido la palabra de Dios en gracias al Jesús aún en el vientre de su madre, que la acepta y que salta de gozo cuando se encuentra con Él.

Tal como se había profetizado, el nacimiento de Juan es motivo de alegría y felicitación: *Los vecinos y parientes, al enterarse de que el Señor la había tratado con tanta misericordia, se congratulaban con ella* (1,58); de admiración: *Pidió una tablilla y escribió: Su nombre es Juan. Todos se asombraron* (1,63); y de temor reverencial: *Toda la vecindad quedó sobrecogida... ¿qué será este niño? se preguntan* (1,65-66). Su padre, Zacarías, lleno de Espíritu Santo, entona entonces un cántico que expresa cómo con Juan se manifiesta la promesa de salvación profética (1,68-79).

Lo llamativo de ese canto es que es enormemente positivo, más incluso que el Magníficat de María. En él, el nacimiento de Juan anuncia la llegada del hijo de David –Jesús, evidentemente- que será fuerza salvadora, redención de los enemigos, santidad, justicia, no temor, conocimiento de la salvación, perdón y misericordia, luz de lo alto y paz.

Juan será el que nos anuncie que no hay que temer a Dios, el que nos prepare para recibir a Jesús con esas actitudes, no temor, esperanza, santidad, justicia... Juan será el profeta del Altísimo, de Jesús, el Hijo de Dios, que viene a nosotros-, a través del cual se nos está preparando para ir gozosos y esperanzados a su encuentro. Juan será presentado como profeta -incluso las palabras con las que Lucas hablará de él-, *vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto*, son típicas de las vocaciones proféticas -en el cual nos dice Zacarías- toda la humanidad verá la salvación. Anticipa así un motivo relevante del evangelio de Lucas, que es la universalidad de la salvación, que es para todos.

El tercer evangelista, Lucas, suprime las referencias a la dieta salvaje y a las vestiduras

⁷ ¿Existía quizás una narración independiente del nacimiento de Juan el Bautista, transmitida por sus discípulos, no cristianos, en la que Lucas se inspiró para narrar el de Jesús? Aunque esto es posible, parece más probable que la dirección sea la contraria: Lucas compuso o recibió unos relatos del nacimiento de Jesús que le sirvieron para modelar también la infancia de Juan. Aquí me refiero a las narraciones como obra literaria, sin entrar en la cuestión de la historicidad de los hechos.

extrañas de Juan -con pelo de camello, quizás como vestían los beduinos en su época- que Marcos nos había transmitido y que le presentaban como un personaje marginal, extraño... Para Lucas Juan es un apóstol de Cristo, uno que viene a anunciarnos a Jesús y transmitirnos aquello que luego Jesús va a predicar.

En el evangelio de Lucas la gente se pregunta, igual que nosotros podríamos hacerlo, si Juan el Bautista no sería el Mesías anunciado, porque, si predica algo tan similar a lo que luego Jesús va a predicar después, la justicia, la solidaridad, la misericordia, el compartir con los necesitados que no tienen nada, etc., ¿en qué se diferencian?

La diferencia está en que Juan nos invita a vivir como Dios quiere, nos invita a la conversión y a la alegría, y Jesús nos trae aquello que necesitamos para vivir como Dios quiere. Juan anuncia la conversión, y Jesús es el Hijo de Dios que viene a nosotros y nos trae el Espíritu que necesitamos para poder vivir como conversos.

4. SIGNIFICADO CRISTOLÓGICO DEL BAUTISMO DE JESÚS EN CADA EVANGELISTA

Quiero decir en primer lugar que, actualmente, hay pocas dudas de que, efectivamente, Jesús se dejó bautizar por Juan en el desierto.

Aunque prácticamente es Marcos el único que lo narra -de él beben Mateo y Lucas, y el evangelista Juan no nos narra el bautismo de Jesús, y no hay otro testimonio externo- no hay razones para pensar que los evangelistas se hayan inventado este detalle, sino más bien al contrario, porque el hecho de que Jesús, el Hijo de Dios, el Mesías, se haya dejado bautizar por Juan, resultaba incómodo para los cristianos, pues podía dar la impresión de que era inferior a Juan, o bien de que necesitaba su bautismo. Por tanto, podemos pensar que efectivamente es un dato histórico que ellos recogen, aunque, como vamos a ver, cada uno lo interprete a su modo.

▪ **Marcos** comienza su evangelio diciéndonos que va a hablar de Jesús, el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios, e inmediatamente nos describe la figura del Bautista, quien anuncia que *llega uno más fuerte que él*. Los que escuchan a Juan no saben a quién se refiere; incluso el mismo Bautista no sabría quién era esa figura, pero nosotros, lectores del evangelio de Marcos, sí sabemos que está hablando de Jesús.

Apenas se acaba de anunciar la venida de aquel que bautizará con Espíritu Santo, llega Jesús a bautizarse. El lector de Marcos entiende que Jesús se une a este bautismo de conversión para perdón de los pecados, pero no porque necesite convertirse ni porque sea pecador, porque ya sabe que Jesús es el Hijo de Dios y que, por tanto, no puede estar en pecado ni necesita convertirse o purificarse de los pecados.

¿Por qué, entonces, va Jesús a bautizarse si no necesitaba hacerlo? La voz del cielo, que dice, *Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco*, nos da la explicación.

En primer lugar, se confirma así que *Jesús es el Hijo de Dios*. La expresión *Tú eres mi hijo* es una cita del salmo de entronización en el que Dios dice al rey, *tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy* (Sal 2,7); es decir, Jesús es el hijo de David, es el Rey. Jesús ha ido a bautizarse para que nosotros, lectores del evangelio, le conozcamos como el hijo de David, aquel rey prometido a David, que vendría en los últimos tiempos.

En segundo lugar, *tú eres mi amado*. El *agapetés*, el amado, es probablemente una referencia a Isaac (Gn 22,2); del mismo modo que Isaac es el hijo amado de Abraham, Jesús

es el hijo amado de Dios Padre. Quizás se intuye aquí -aunque no es tan seguro- el sacrificio de Jesús, que se entrega a la muerte de modo similar a como Isaac estuvo a punto de ser sacrificado.

En tercer lugar, *en ti me complazco*, es una cita bastante clara de Isaías 42,1 en la cual se nos dice que Dios se complace en el siervo de Yahvé, el siervo humilde que con su mansedumbre y obediencia restaura la concordia entre Dios y su pueblo. Jesús se nos presenta así como el siervo de Yahvé que viene a restaurar la armonía, la alianza de Dios con su pueblo.

Esas tres palabras, *el hijo, el amado, en ti me complazco*, nos dicen quién es Jesús: el Hijo de Dios, el Rey que viene a gobernar; el Hijo amado que, como Isaac, está dispuesto a entregar su vida; y el siervo manso y humilde que viene a restaurar la obediencia con Dios.

Según Marcos, el bautismo ha sido necesario para entroncar al Bautista con la tradición veterotestamentaria -el Antiguo Testamento- profética y con todas las expectativas escatológicas de Israel que esperaba un salvador.

En Marcos, el Espíritu desciende, no sobre Jesús, sino hacia *-eis-* Jesús. Así, el Espíritu no es tanto quien se posa sobre Jesús sino el que, de una vez por todas -como se había profetizado- ha rasgado el cielo y descendido sobre la tierra hacia Jesús, y desde Él va a inundar a todos los hombres.

Gracias a que Jesús se bautiza, va a comenzar Jesús su ministerio y por fin el Espíritu de Dios va a venir a la tierra y va a poder ser recibido por todos los seres humanos.

Hay que añadir que, en Marcos, se trata, ante todo, de una experiencia personal del mismo Jesús. Es Él y solo Él -también nosotros lectores- quien ve que el cielo se rasga y que el Espíritu desciende; la voz que le reconoce como Hijo es oída por Jesús y por nosotros, pero no es claro que sea oída por la gente que está allí presente. De hecho, a lo largo de este evangelio, Jesús va a mantener oculta su filiación divina, su ser Hijo de Dios, hasta prácticamente el final; es lo que muchos han llamado el "secreto mesiánico"; solo los demonios sabrán que él es el Mesías, pero Jesús les mandará callar.

La cuestión fundamental del evangelio de Marcos es que Jesús no es el hijo que viene a aprovecharse de su filiación, sino que es el hijo que viene a ser obediente al Padre hasta el extremo. Por eso, a nosotros se nos invita a reconocer a Jesús, al Hijo que se bautiza como tal, pero del que tenemos que aprender a saber en qué consiste ser hijos de Dios, según el modelo que Él nos va a mostrar a lo largo de su vida, no solo en el bautismo.

▪ **Mateo** es consciente del problema teológico del bautismo de Jesús. ¿Por qué recibe Jesús un bautismo que, según Marcos, era para perdón de los pecados?

Lo primero que hace Mateo es suprimir el bautismo de Juan como perdón de los pecados, y transformarlo en un signo de conversión. Ahora bien, como Jesús tampoco necesita convertirse, Mateo introduce un diálogo entre Juan y Jesús -que no está en ninguno de los otros evangelios- en el que Juan dice a Jesús: *Yo necesito ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí?* Así nos deja claro que Jesús no necesita bautizarse. Jesús responde a Juan: *Déjalo, bautízame, porque es necesario cumplir toda justicia.*

En el evangelio de Mateo, la palabra justicia es central, nuclear. Para Mateo, cumplir la justicia es ser obediente a Dios, por tanto, es hacer y dar plenitud a lo que el Antiguo Testamento había profetizado. De este modo, Jesús se bautiza para asumir en su bautismo

todas las expectativas proféticas y todo lo que la Ley mandaba. El relato nos dice que una vez bautizado, *el Espíritu de Dios se posaba sobre él*.

A partir del bautismo, sabemos que Jesús tiene el Espíritu de Dios para decirnos en qué consiste ser justos. Jesús es aquel que va a dar la interpretación definitiva de la Ley, de la Torah; es aquel que tiene el Espíritu divino para mostrarnos la auténtica justicia del Reino de los Cielos, una justicia que, según Mateo, es superior a la de los escribas y a la de los fariseos.

Escuchando lo que después dirá el evangelista Mateo, entenderemos en qué consiste cumplir la Ley y los profetas. Recuerden que Mateo nos dice que ni una *iota* de la ley pasará, que es necesario cumplir toda justicia y toda la Ley, pero siempre según la interpretación misericordiosa que Jesús va a dar de la misma⁸.

▪ **Lucas** narra el bautismo de Jesús de un modo elíptico: *Mientras todo el pueblo se bautizaba, habiéndose bautizado también Jesús*

Es decir, no narra el momento preciso en el que Jesús se bautiza, y ni siquiera dice que sea bautizado por Juan. De hecho, Juan ha sido encarcelado poco antes (Lc 3,20) creándose la paradoja de que, en este evangelio, Jesús va a bautizarse cuando Juan ya está en la cárcel, con lo cual no queda claro si ha habido un salto o Jesús ha sido bautizado por otro que no es el Bautista.

En cualquier caso, Jesús se bautiza junto con todo el pueblo. De este modo, Lucas salva el problema teológico de Mateo; Jesús no se bautiza porque sea pecador, sino que se une a todo el pueblo que recibe el bautismo de Juan; es decir, Jesús se bautiza para asumir el pecado de todo el pueblo y, asumiéndolo en él, lo eleva a Dios y obtiene de Él el perdón para todo el pueblo.

Encontramos esto, por ejemplo, en las oraciones que Esdras (Es 9,6-7) o Nehemías (Neh 9,36-37; cf. 1QS 1,18-2,2), que no eran pecadores, realizan en el Antiguo Testamento. Son hombres que, siendo justos, se ponen al frente del pueblo y dicen *hemos sido injustos, hemos pecado, nos hemos corrompido...* y desde su oración invocan el perdón de Dios. Esto es lo que hace Jesús en el bautismo, se mezcla con el pueblo, como uno más, aunque no era pecador, asume como propio el pecado, la injusticia, que existe en el pueblo, y lo eleva a Dios en oración, para obtener así el perdón.

De hecho, en Lucas, el Espíritu no baja durante el bautismo ni al salir Jesús del agua, sino que baja *estando Jesús en oración*; lo que Lucas quiere decir es que el Espíritu baja cuando Jesús intercede por nosotros, cuando ora por nosotros, cuando se ha unido a todo el pueblo y ha asumido sus esperanzas; Jesús pide por nosotros y, gracias a su oración, el Espíritu desciende. Lucas propone al mismo tiempo a Jesús como maestro de oración (tema que volverá en su evangelio): nos invita a aprender a orar como Jesús, porque a través de la oración el Espíritu viene a habitar en los hombres.

Lucas introduce algunos elementos peculiares, por ejemplo:

En Marcos, *el Espíritu baja "como una paloma"*, lo que probablemente quiere decir que el Espíritu desciende "como planea una paloma". En Lucas se nos dice que *el Espíritu baja "en figura corporal de paloma"*, cosa llamativa; en mi opinión, Lucas es el evangelista de

⁸ Véase mi conferencia pronunciada en este mismo foro: *Sermón del Monte y Ley en Mateo*, Santander Octubre de 2007.

la corporalidad, de la sacralidad del mundo y del cuerpo; será el tercer evangelista quien, por ejemplo, más peso pondrá en la corporalidad del resucitado, quien come con los discípulos en Emaús (Lc 24,30) y en el Cenáculo (24,41-43), quien insiste en que su cuerpo resucitado tiene “carne y huesos” (24,39). Ni Jesús resucitado ni el espíritu son un “fantasma”, una aparición inmaterial, al menos para Lucas.

Por otro lado, Lucas nos ha dicho que el Espíritu vino a María (1,35), que Jesús fue engendrado por el Espíritu; que Jesús, en Nazaret, crece, se fortalece, se va llenando de sabiduría, al tiempo que la gracia de Dios está sobre él (1,40.52): aunque no se menciona explícitamente el Espíritu, la sabiduría y la gracia son manifestaciones del mismo.

En cierto modo, Jesús no necesita el Espíritu en el bautismo, porque ya lo tiene cuando llega al bautismo; lo que Lucas quiere decirnos con la imagen del Espíritu en forma corporal de paloma, pues, es que, gracias a Jesús y a su oración, a su bautismo, su vida, muerte y resurrección, el Espíritu va a poder encarnarse en la creación, empezando por una paloma; y si el Espíritu de Dios puede encarnarse en una paloma, ¿cuánto más podrá encarnarse e introducirse en los creyentes que crean en él?

Lucas nos dice que, a partir de Jesús, el Espíritu está disponible –el bautismo de fuego en Lucas es probablemente una anticipación de Pentecostés- para entrar y hacerse uno con aquellos que quieran recibirle. Toda la creación está ahora habitada por el Espíritu. Obviamente, la paloma tiene un eco del relato de Noé, del diluvio. A partir de Jesús existe una nueva humanidad que ha sido salvada del diluvio, en la que Dios viene a residir, una humanidad que cuenta con la ayuda, la potencia de su Espíritu.

Lucas nos presenta al Bautista como el apóstol de Jesús, y en cierto sentido, se cumple así aquello que Juan el Bautista había dicho en Mateo: *eres tú quien me tiene que bautizar a mí*. Lo que hace Lucas es bautizar al Bautista, transformarle en aquel que nos habla de Jesús, nos habla del Espíritu que Él trae, en aquel que predica y que anuncia a este Jesús que nos trae el Espíritu.

Muchas gracias

DIÁLOGO

P. *¿Podría aclararnos un poco a qué período y a qué libros se refiere la literatura intertestamentaria, a que ha aludido?*

R. La palabra es ambigua, porque no se refiere exactamente a un período entre los dos testamentos; estamos hablando de los siglos III, II, I a.C., e incluso de los siglos I-II d.C. En cuanto a los libros, algunos de ellos no están en la Biblia, por ejemplo, el *Libro etiópico de Enoc* y el *Libro de los jubileos...*; sin embargo hay otros que sí, como el *Libro de Daniel*, o el *Libro de la Sabiduría*. Muchos Apocalipsis que no están en la Biblia son también de esta época intertestamentaria. Para esta literatura otros emplean el término Apócrifos (del Antiguo Testamento o del Nuevo), término también problemático.

P. *Más que sentirme salvado por Dios estoy agradecido a Dios. Dios es mi padre y no alguien que me castigue.*

R. Una de las cosas que he dicho y que quizás conviene repetir, es que, efectivamente, Juan

el Bautista probablemente se fiaba mucho de esta tradición del juicio y del castigo que proviene de la literatura anterior a él. Probablemente Jesús de Nazaret fue discípulo de Juan y quizás asumió parte de sus planteamientos, pero está claro que en su predicación posterior los modificó enormemente, insistiendo mucho más –sobre todo en Lucas, pero también en los demás– en la misericordia, la reconciliación, la justicia, el Espíritu, la transformación de la humanidad, etc. En ese sentido podríamos decir que Jesús se aleja de los planteamientos de juicio y de castigo que podría tener Juan. También de su modo de vida: el Jesús que come con pecadores y publicanos, que proclama que no es este el tiempo del ayuno sino de la fiesta, que se acerca y cura a los enfermos y toca a los impuros, es bastante distinto del Juan que anunciaba el castigo para los pecadores.

Otra cuestión es cuándo se distanció Jesús de algunos planteamientos de Juan, si damos como muy probable el que efectivamente Jesús fue durante un tiempo discípulo del Bautista. La respuesta a esta segunda cuestión nos llevaría a hipótesis (se han hecho varias) de reconstrucción histórica difícilmente demostrables o rebatibles.

Ciertamente en Lucas se nos invita a vivir a Jesús como anuncio de misericordia, de salvación, que no es solamente perdón, sino que es vida, es gracia, carismas, comunidad, amor, misericordia, ternura, alegría, fiesta... Obviamente Juan no se sitúa tanto en esa tesitura, pero Jesús sí.

De todos modos, es cierto que el mundo necesita ser perdonado y reconciliado; no vivimos en un mundo perfecto, sino que es un mundo pecador que necesita ser perdonado y, en ese sentido, el perdón también es parte de la salvación, pero no es su único rasgo. La salvación es mucho más que perdón de los pecados, aunque por ahí se empieza muchas veces...

Bibliografía:

Para un análisis meticuloso de los textos, de las fuentes históricas y de la exégesis contemporánea, es muy recomendable John P. Meier, *Un judío marginal: Nueva visión del Jesús histórico*, Tomo II, 1ª Parte, páginas 48-290. Otras posibles lecturas sobre Jesús de Nazaret y su relación con Juan el Bautista se hallan en diversos libros dedicados a la reconstrucción histórica o a la evocación teológico-histórica de Jesús, como, las monografías de J. Gnilka (*Jesús de Nazaret*, Herder, Barcelona 1995); Klaus Berger (*Jesús*, Santander 2010); John D. Crossan (*Jesús, vida de un campesino judío*. Barcelona, 1994); E.P. Sanders, *La figura histórica de Jesús*, Estella, Verbo Divino, 2000; G. Theissen y A. Merz, *El Jesús histórico*, Salamanca, Sígueme, 2004; etc.)

Una exégesis sinóptica sencilla de los relatos del bautismo de Jesús puede consultarse en Jean-François Baudoz, *El bautismo de Jesús*, en *Lectura sinóptica de los evangelios: Cinco ejercicios de lectura*, (Cuadernos Bíblicos 103), Verbo Divino 2000, 23-36.

Algo antiguo, pero sigue siendo válido, es la monografía de J.D.G. Dunn, *El Bautismo del Espíritu Santo*, Buenos Aires 1977 (original inglés de 1970). Mucho más reciente y pedagógico es del mismo autor: *El cristianismo en sus comienzos. Volumen I: "Jesús recordado"*, Verbo Divino, Estella 2009.

Apéndice: textos sinópticos del Bautismo de Jesús, tomado de Kurt Aland, *Sinopsis de los Cuatro Evangelios*, Traducción de Antonio Vargas Machuca, Sociedades Bíblicas Unidas, Madrid 2007

Mt 3,13-17	Mc 1,9-11	Lc 3,21-22	Jn 1,29-34
<i>(n. 16 3,11-12 p. 24)</i>	<i>(n. 16 1,7-8 p. 24)</i>		<i>(n. 16 1,24-28 p.24)</i>
<p>13 Entonces se presentó Jesús, desde Galilea al Jordán, a Juan, para ser bautizado por él. 14 Pero Juan trataba de impedirselo diciendo: “yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?” 15 Jesús le respondió: “Deja ahora, pues así nos conviene cumplir toda justicia”. Entonces lo dejó. 16 Bautizado Jesús, subió en seguida del agua; y he aquí que se [le] abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre él. 17 Y he aquí que una voz de los cielos decía</p>	<p>9 Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. 10 Y en seguida al subir del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu bajaba hacia él como una paloma. 11 Y sonó una voz desde los cielos:</p>	<p>21 Sucedió que cuando todo el pueblo se bautizaba, habiéndose bautizado también Jesús y estando en oración, se abrió el cielo, 22 y bajó sobre él el Espíritu Santo en figura corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo:</p>	<p>9 Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y dice: “He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. 30 Ese es del que yo dije: Detrás de mí viene un hombre, que ha sido puesto delante de mí, porque existía antes que yo. 31 Y yo no lo conocía, pero para esto vine a bautizar en agua, para que él sea manifestado a Israel”. 32 Y Juan dio testimonio diciendo: “He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre él”. 33 Y yo no lo conocía pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: “Sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo. 34 Y yo lo he visto y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”.</p>
<p>27 “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”.</p>	<p>“Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”.</p>	<p>“Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco”.</p>	<p>que éste es el Hijo de Dios”.</p>